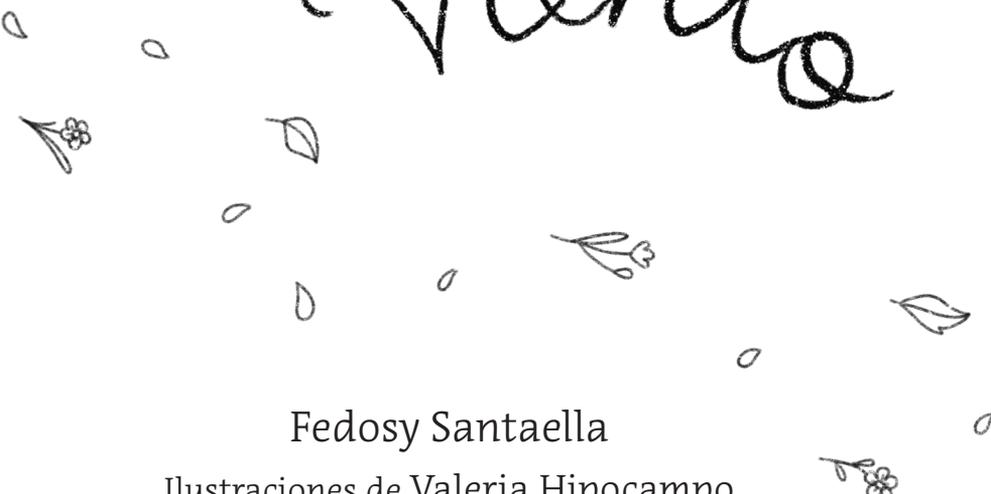


# Leonora del viento



Fedosy Santaella

Ilustraciones de Valeria Hipocampo

 Norma

[www.normainfantilyjuvenil.com/mx](http://www.normainfantilyjuvenil.com/mx)



# ¡Quiubo, Lupita!



**L**upita estaba haciendo lo que siempre hacía: dejarse llevar por la curiosidad, por esas inmensas ganas que tenía de conocer cada cosa del mundo. Mucho más en aquella casa tan cargada de misterio, como su dueña, aquella señora tan particular. Rosario, su mamá, procuraba llevarla poco, porque bien sabía que la curiosidad de Lupita aumentaba cuando estaba en esa casa de la calle de Chihuahua número 194, allá en la colonia Roma. Pero en ocasiones no le quedaba más remedio que llevar a la niña, con permiso de la señora, desde luego. Entonces le decía que se portara bien, que se mantuviera a raya, que pasara la mayor parte del tiempo pegada a su



falda o en la cocina. Lupita hacía caso, más o menos, aunque se moría de ganas por adentrarse entre las sombras, por dar la vuelta en las esquinas, por meterse en las recámaras y en el estudio, por llegar hasta donde estaba aquella señora, tan alta, tan lejana, tan hermosa, tan enigmática como las pinturas y las esculturas que ocupaban los rincones y los muebles de cada estancia.

Y sí, tal como se dijo, Lupita, mal que bien, había obedecido, pero hacía unos minutos apenas alguien había llamado a la puerta. “El señor de los quesos”, dijo su mamá, mientras se limpiaba las manos en el delantal, y así, volteando hacia Lupita, le ordenó concluyente:

—Aquí te me quedas, niña, aquí tranquilita en la cocina.

Pero la curiosidad es más grande que el Popo, y apenas la madre salió, Lupita aprovechó para dar unas vueltas por la casa.

No podía evitarlo. Así era ella, así era Lupita.

Dio una vuelta por acá, otra por allá, por no dejar, digamos, porque en realidad le interesaba el estudio y nada más que el estudio, allá, escaleras arriba. Así que, luego de mirar en este ladito y el otro, así, sin mayor interés, ganó las escaleras y se fue directo al estudio de la señora.

Ahí estaba Lupita ahora, frente a la puerta, que no se encontraba del todo cerrada, sino que dejaba



pasar una rendija de luz, laaaarga, desde el umbral hasta arriba, ahí, como al descuido nomás. Tan solo era cuestión de empujarla un poquito, un poquito. ¿La señora? Pues Lupita la había escuchado decir que iba a dar una vuelta por el mercado, así que no había problema, podía echar una mirada, una miradita y ya.

Lo que no supo Lupita fue que la señora, aquella señora tan alta y bella en sus arrugas, había decidido dejar la vuelta por el mercado para más tarde, y ahora estaba, justamente, en el estudio. Así que cuando Lupita empujó la puerta, apenas apenas, y esta suavemente se fue deslizando, pudo ver, allá en la ventana, en la larga ventana que iba del piso al techo, la figura de la señora.

¡Oh, tan delgada! ¡Oh, alta, altísima! ¡Oh, hermosísima!

Pero, sobre todo, ¡misteriosa, fascinante!

Lupita quería hablarle, conocerla, estar cerca de ella. ¡Quería ser como ella! ¡Quería llegar a tener su altura, un cuello así de largo, el cabello recogido con un chongo! ¡Y anhelaba poseer una mirada como esa, tan profunda, tan de adentro!

Un paso, otro paso, el corazón le palpitaba, pero al mismo tiempo estaba decidida a seguir. La señora se encontraba de espaldas y quizá no se había dado cuenta de la inesperada visita. Lupita, por su parte, ya lo tenía todo listo en su cabeza: se



acercaría, muy cerquita, y le diría: “Señora, señora, aquí estoy, dígame cómo es dibujar, cómo es pintar. Dígame de dónde saca esas imágenes, esos seres, esos animales. Dígame, señora, por qué le gustan tanto los caballos. Dígame dónde queda ese país tan lejano donde usted nació, allá, al otro lado del mar. Dígame, señora, dígame lo que usted sueña, cuénteme sus sueños, que yo quiero tener los sueños que usted tiene para hacer las cosas que usted hace”.

Todo era silencio, como una tela o una malla que se tensaba en el ambiente. De afuera venía el canto apagado de las aves, allí, entre los árboles de la calle de Chihuahua, y más lejos, el sonido de la avenida. Se le antojó que estaba metida en una caja, en la caja de un mago, y que en esa caja el tiempo era de otro planeta, donde cada segundo y cada paso duraban larguísimos minutos.

Ya iba Lupita, después de toda una eternidad, por la mitad del recorrido, a punto de hablar, de decir: “Señora, disculpe, bella señora...”, cuando una prensa con una fuerza descomunal se hizo de su brazo y la jaló hacia atrás, devolviéndola a la realidad, al tiempo del mundo, a su mamá, que la miraba, desde arriba, desde la gigantura de su enojo y de su vergüenza.

—¡Niña, pero qué atrevida! ¡Ay, señora, disculpe! Es que Lupita no aprende, y mire que yo le he dicho,



muchas veces le he dicho que no puede andar así por la vida, metida donde no debe.

Lupita se quedó petrificada, con el rostro oscurecido. Estaba enojada, realmente enojada. ¿Por qué ella no podía hablar con la señora? ¿Por qué no podía entrar en su mundo? ¿Conocerla, escuchar sus historias? ¿Por qué aquella magnífica señora no podía enseñarle a dibujar, a pintar?

—Rosario, exageras —dijo la señora en aquel español bien hablado, pero con un marcado acento de otras tierras—. Lupita no está haciendo nada malo.

—Pero, señora Leonora, es que esta niña vino a molestarla y a mí eso me da muchísima vergüenza. Usted que es tan seria, siempre tan ocupada en sus cosas... No es para que una chamaca metiche le esté dando lata.

—No me fastidia, Rosario —respondió la señora con tono maternal y luego, inclinándose hacia la niña, dijo sonriente—: ¡Quiubo, Lupita! ¿Sabes?, me recuerdas a mí cuando era chamaquita. Siempre te veo curiosa. ¡Así era yo!

Rosario notó aquella sonrisa en la señora Leonora y pensó que era la primera vez, en los años que tenía trabajando allí, que le veía una sonrisa tan amplia, tan bonita, tan llena de luz. Una sonrisa que parecía atravesar décadas de vida, hacia atrás, hasta la inocencia, hasta la infancia. Esto la hizo sentirse más tranquila y también sonrió. A su



lado, Lupita también se había dejado hechizar por aquella sonrisa maravillosa, antigua, traviesa, inocente, de décadas, de otros tiempos, de la niña que fue la señora Leonora, Leonora Carrington, quien ahora, allí, en aquel cuarto de la calle de Chihuahua, en la Roma Norte, comenzaba a recordar y se hundía en ello, viajaba hacia su infancia, llena de imaginaciones, historias mágicas, seres del bosque, brujas, diosas...

# Una bruja ဘ၀်းၤန့ၣ်း



**E**n Lancashire siempre había habido brujas. En otros tiempos rondaron los bosques y vivieron en los poblados. Habían sido perseguidas, enjuiciadas. Eso había escuchado, eso le habían contado las tres brujas que vivían en su casa. Que Lancashire había sido considerada una región salvaje, sin ley, y allá, en sus bosques, en los de Pendle, Bowland, Aughton, Duxbury, Spring, en todas las espesuras, se reunían las brujas, familias enteras de brujas para hacer su magia, para reír, para bailar, para acercarse a la naturaleza y a las criaturas originarias de las frondas.

Leonora había nacido en una familia adinerada y muy tradicional de Inglaterra, en la que se deseaba



que los hijos tomasen un camino ya trazado. Los hombres, a los negocios del padre; las hijas —en este caso ella, la única mujer de los cuatro hijos de los Carrington—, al matrimonio y a la vida social. Leonora, ya a sus diez años, tenía una claridad superior a la de cualquier niño de su edad sobre cómo funcionaban las cosas del mundo. Para entonces, por ejemplo, pensaba en ese destino que le tenían trazado y se negaba a él con todo su ser. Ella quería algo más, y ese algo más, por lo menos en sus inicios, estaba representado por la sensación de libertad que le daban los grandes paisajes y las historias lejanas que le contaban las mujeres de la casa. También, en aquel entonces, había empezado a amar el dibujo y la pintura. Las hojas, los lienzos... eran como aquellos campos que tanto amaba, y en esas hojas ella podía contarse sus propias historias, y hacer magia, hechizar el mundo con su imaginación.

Por eso le fascinaban las brujas. Para aquella Leonora las brujas eran mujeres poderosas, apartadas del resto de la gente porque no se dejaban arrastrar por la vida que querían imponerles. Las brujas eran mujeres seguras de sí mismas que no estaban para servir a nadie sino para entrar en contacto con las grandes energías de la naturaleza. Mujeres libres, decididas, que por ello eran rechazadas y debían huir, esconderse. Leonora pensaba en esas brujas y pensaba en sí misma, y se decía que ella tampoco se



dejaría dominar por lo que los otros opinaran, por lo que su padre, que era la figura dominante en su vida, quisiera para ella.

Sí, eso era ser bruja: ser libre, ser ella misma.

En su propia casa, allá en Crookhey Hall, había tres. Aunque ellas posiblemente no sabían que eran brujas, ¿o sí?

Dos de ellas estaban siempre, la otra aparecía de vez en cuando. Su madre, Maurie Carrington, de soltera Moorehead, era una de esas brujas. Luego estaba Mary, su Nanny, y después la abuela Mary Monica, que era la que visitaba la casa con cierta frecuencia. Ellas eran las brujas, las maravillosas brujas que le contaban historias de su tierra, de una Irlanda de otras eras.

Aquellas tres mujeres —irlandesas las tres— le contaron de Morrigan, la diosa fantasma de la batalla, rodeada de cuervos que traían la muerte; ella, la que revuelve las entrañas; ella, hermosa, hermosísima, de risa que seduce; ella, llena de fuerza, océano bravío, yegua salvaje, y de allí *mor* y luego *mare*, que es “yegua” en inglés y “mar” en latín, y de allí también “pesadilla”, en inglés *nightmare*; ella, sí, terror nocturno, a veces también llamada Epona o Macha, la diosa de los caballos, yegua veloz y libre que se confunde con las manadas; a veces Badb, la que te mete en el cuerpo las ganas de ir a la guerra, la que te mete en la sangre la pasión por el combate,



pero ya en el campo de batalla, te sume en el profundo terror.

También le hablaron de una diosa increíble de la mitología celta: Rhiannon, la diosa que andaba sobre caballos, seguida de aves, bellísima toda, que enamoraba a los hombres y luego, dejándolos locos de amor, se desvanecía con el viento, para siempre. Rhiannon, sí, tan solo del viento, novia del viento, de ningún humano, de ningún dios; brisa ella, sople, el movimiento sin fin que recorre el mundo y en nada se detiene porque no pertenece a ningún reino de la tierra ni tampoco del cielo.

Todas estas historias tenían como gran escenario los campos, los bosques y, más allá, el mar. Crookhey Hall era una enorme mansión con altos muros, torres y techos a dos aguas. La hiedra cubría buena parte de aquellos muros y le daba un aspecto solemne y antiguo a la edificación. Se trataba de un lugar majestuoso. Allí vivían en la comodidad Leonora y su familia, pero lo que a ella realmente le impresionaba y la llenaba eran los terrenos circundantes: jardines, pistas de tenis y cróquet, terrazas, el huerto, el invernadero y, sobre todo, las caballerizas, los bosques y la vista a la bahía de Morecambe.

Aquellas delicias de paisajes la lanzaban a los viajes profundos de la imaginación. Lo que sus brujas le contaban, eso, ella lo trasladaba a aquellos lugares. A los campos, los bosques, los ríos, a la lejana



bahía. En la espesura, allá entre los árboles altísimos e imponentes, se paseaban criaturas antiguas, de otras tierras, de otras dimensiones. Las hadas o los *sidhes*, aquellos seres dioses que alguna vez poblaron el mundo; Cernunnos, el amo de los animales salvajes; los centauros sigilosos, sabios y por igual violentos; las poderosas mujeres aladas, mujeres ave; un conejo blanco de ojos rosas y chaleco, como aquel de Alicia, apresurado y con el reloj de bolsillo en la mano; las mismas diosas que admiraba: Morrigan, Epona, Rhiannon, y luego hienas, cuervos, murciélagos, faisanes, jabalíes, serpientes y, por las praderas, caballos, muchos caballos, corriendo sin ataduras, levantando el polvo, alzándose en dos patas, llamando con sus relinchos de furia a Tártaro, su querido caballo de madera, que se encontraba allá en su recámara, en Crookhey Hall.

Los caballos eran su pasión. Había tenido un poni Shetland de nombre Black Bess, y luego una yegua, Winkie, con la que aprendió a montar como quería, con caídas, con saltos, con ímpetu, con velocidad y fuego. Ella misma se sentía una yegua. Se veía corriendo por esos campos, ya sin Winkie, ella como un animal, en compañía de otros caballos, hacia las profundidades del bosque, y luego hacia el mar, hacia el inmenso mar de las leyendas de Irlanda.

Con aquel mismo sentimiento enorme que experimentaba en los exteriores, volvía a la mansión, a



su recámara, a sus hojas, a sus cuadernos, a sus lápices y colores, y dibujaba y escribía algunas pequeñas historias. Porque le gustaba también escribir. Sus manos, sus dos manos, colmadas de la energía verde de la naturaleza se movían en ambos sentidos, y así, ella dibujaba y escribía con las dos, yendo y viniendo, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda. Sus hermanos la miraban asombrados y temerosos por ese prodigio que tenía de escribir al mismo tiempo con ambas manos. Su Nanny sonreía, su madre la celebraba y su padre reía a carcajadas, porque en aquel tiempo él la veía extraña, pero la adoraba, adoraba su singularidad.

“Esta niña es, sin duda, una potranca”, afirmaba Harold Carrington con su vozarrón y su orgullo de comerciante adinerado, el más adinerado del condado Lancashire. “Su energía me gusta, es la misma con la que yo me he hecho a mí mismo en esta vida”.

Y sí, Leonora estaba atravesada por energías, por las corrientes de belleza del mundo. Así como entraban en ella, también necesitaban salir, y así recorrían su cuerpo, su cabeza —electricidad pura su cabeza—, su pecho, sus brazos, su mano, y todo ese asombro del universo se terminaba proyectando sobre las hojas de los blocs, de los cuadernos.

Aprendía, aprendía del mundo. Por encima de las clases de francés y de piano, por encima de la educación para señorita de alta sociedad que intentaban





darle, ella sacaba conocimiento de la extensión de los campos, de los bosques, de las historias que las brujas le contaban, de todo aquello que giraba y giraba en su cabeza y se combinaba en nuevas e insólitas imágenes, cada vez más insólitas, cada vez más vivas, cada vez más de ella. Porque era así. Leonora, desde muy pequeña, supo que no quería ser como el resto de las personas, y sobre todo como las demás señoritas y luego damas de la sociedad inglesa; ella quería, ya se ha dicho, ser ella misma: aprender a ser una yegua, una hiena, un cuervo, una bruja. Sí, una bruja increíble, llena de magia: una bruja auténtica.